

---

# EL HORNERO

REVISTA DE ORNITOLOGÍA NEOTROPICAL



Establecida en 1917  
ISSN 0073-3407

Publicada por Aves Argentinas/Asociación Ornitológica del Plata  
Buenos Aires, Argentina

## Informaciones. Costumbres de las golondrinas

Anónimo

1922

Cita: Anónimo (1922) Informaciones. Costumbres de las golondrinas. *Hornero* 002 (04) : 305-311

[www.digital.bl.fcen.uba.ar](http://www.digital.bl.fcen.uba.ar)

Puesto en línea por la Biblioteca Digital de la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales  
Universidad de Buenos Aires

## INFORMACIONES

**Costumbres de golondrinas.** — Reproducimos de la revista belga "Le Gerafaut", el siguiente artículo de M. Eug. Tant:

La golondrina es uno de los pájaros cuyas costumbres han sido mejor estudiadas por el naturalista, y del que el poeta ha celebrado mejor la fidelidad, la alegría y la dulzura; siendo objeto en casi todos los pueblos del mayor respeto, mezclado con frecuencia con las supersticiones más increíbles.

El pueblo confunde generalmente entre sí las varias especies de hirundínidos que viven en nuestro país. La golondrina rústica, la de ventana, y la de playa, tienen el nombre común de golondrinas.

Los hirundínidos se encuentran en casi toda la superficie terrestre. Sin embargo, parece que disminuyen en número a medida que se va hacia los polos y tan sólo algunos raros individuos frecuentan aquellas regiones frías, en donde les falta el alimento.

En las costumbres de estas interesantes aves, un hecho llama especialmente la atención de los observadores: es su migración. Muchas ideas falsas fueron divulgadas al respecto y con frecuencia los hombres más ilustres trataron de acreditar estos errores con la autoridad de su nombre.

La causa de esta migración fué por mucho tiempo un profundo misterio. En nuestros días, nuestras ideas acerca de esta cuestión son más netas y sabemos que esos viajes son provocados por el hambre que impulsa estas aves a dejar un país en donde no encuentran más con que comer y les obliga a buscar una región en la que hallarán su subsistencia.

La dificultad en concebir viajes muy prolongados y la incertidumbre que reinaba antiguamente acerca del lugar de destinación, había inducido a los antiguos a negar la emigración de las golondrinas.

Aristóteles y Plinio dicen que las golondrinas van a pasar el invierno en climas más suaves, cuando estos no están muy alejados; pero si ellas están muy distantes de esas regiones templadas, permanecen durante el invierno en su país nativo y se limitan a ocultarse en algunas cuevas de montaña bien expuestas. Aristóteles agrega seriamente que se han encontrado muchas que estaban en el fondo de las cavernas y las que no tenían una sola pluma sobre el cuerpo.

Esta opinión encontró todavía otros defensores y vemos a Alberto, Agustín Nyphus, Gaspar Heldelin y algunos más asegurar que habían encontrado varias veces durante el invierno, en Alemania, golondrinas entumecidas en árboles huecos y hasta en sus nidos.

Esta creencia se había hecho tan popular que muchos poetas sacaban de ella temas de comparación.

Hacia 1555, un obispo de Upsal, llamado Alaüs Magnus, y el jesuita Kirscher atestiguaron que en los países del norte, los pescadores sacaban a menudo, en sus redes con el pescado, grupos de golondrinas apilonadas, enganchadas entre sí, de los picos, patas y alas; que estas aves trasportadas en lugares abrigados, se reanimaban con bastante rapidez, pero para morir casi enseguida, y que sólo conservaban la vida después de su despertar aquellas que bajo la influencia de la buena estación se desentumecen insensiblemente.

El jesuita Kirscher sostenía más adelante que hacia el principio del otoño, las golondrinas se tiran en masa en los pozos, en los algibes y en los pantanos. Este error fué admitido rápidamente de un modo universal y el gran Linneo mismo creyó oportuno darle como una sanción apoyándola con toda la autoridad de su adhesión; sólo que la limitó a la golondrina de ventana y a la de chimenea.

La Sociedad Real de Londres se interesó también por esta cuestión y encargó a Hevelius y Shaeffer de verificar los hechos citados. Estos, en su informe, confirmaron las afirmaciones de Kirscher. Etmuller, Klein y Walerius fueron del

mismo parecer y el Dr. Colas sostuvo que había visto diez y seis golondrinas extraídas del lago Sameroth, unas treinta sacadas del gran estanque real en Rosmeilen y dos más en Schledeiten cuando salían del agua. Hasta agregó que estaban enteramente mojadas y debilitadas.

Estas ideas fueron, sin embargo, combatidas con vigor, y vemos a Tesdorf de Lubeck, Halmann, Browne, Herman, el Dr. Lottinger y Buffon oponerse a este error. Buffon trata hasta de explicar el origen de esa creencia. "He pensado, dice, que entre el gran número de golondrinas que se juntan de noche, en los primeros y los últimos tiempos de su permanencia, encima de los juncos de las lagunas y que revolotean tan a menudo sobre el agua, pueden ahogarse muchas por diversos accidentes fáciles de imaginar; que unos pescadores hayan podido encontrar en sus redes algunas de estas golondrinas ahogadas recientemente; que habiéndolas llevado cerca de una estufa, hayan podido recuperar el movimiento en su presencia; que, de allí se haya concluído, con demasiada prisa, y generalizando demasiado, que en ciertos países todas las golondrinas invernan debajo del agua."

La presencia en nuestros países de ciertas golondrinas en pleno invierno dió lugar a nuevas explicaciones. Klein, Buffon, Vieillot y otros emitieron la hipótesis de que hay golondrinas que permanecen aletargadas durante el invierno y quedan en nuestras regiones sumidas en un profundo sueño invernal. Esta hipótesis fué apoyada sobre numerosas observaciones.

"Vieillot vió, en Rouen, durante el invierno de 1775 a 1776, una golondrina rústica que tenía como escondrijo un agujero debajo de la bóveda del puente. Salía regularmente en los días templados de los meses de noviembre, diciembre y febrero. Esta golondrina permanecía a veces escondida durante veinte o treinta días, y todo el tiempo en que el aire exterior era demasiado frío. Por lo que Vieillot deducía, que debía entonces quedar aletargada."

Una observación semejante, hecha por Achard de Prévý-Garden, está consignada en *Philosophical Transactions* de 1763. Pallas relata hechos del mismo género en su libro *Voyage dans plusieurs provinces de l'Empire de Russie et dans l'Asie septentrionale*, y por el Rev. Colin Smit en el *New Philosophical Journal*.

Esta opinión encontró aun defensores en Gould, Verreaux, Cuvier y Dutrochet, los dos últimos miembros de la Academia de Ciencias de Francia.

Había quedado reservado a uno de los naturalistas más célebres del siglo XVIII, a Spallanzani, el refutar errores que, hacia dos siglos, se habían vuelto creencias populares. Mediante experiencias interesantes, consiguió demostrar la imposibilidad de hacer caer en el estado de letargo a golondrinas, exponiéndolas a un frío inferior a la congelación, o de conservarlas con vida sumergidas en el agua o en el barro.

Hoy se admite universalmente que las especies de hirundínidos que poseemos en Bélgica pasan regularmente todos los inviernos en Africa o en la región sudeste de Asia.

La salida de las golondrinas en el otoño y su regreso en la primavera no se verifica del mismo modo. El regreso se produce siempre aisladamente o solamente por parejas. La partida, al contrario, se hace habitualmente en bandada. "Cuando los individuos de una misma región sienten la necesidad de cambiar de clima, se les ve agitarse más que de costumbre; sus gritos de llamada son más frecuentes; tienen mayor tendencia a juntarse y a evolucionar en el aire; se agrupan varias veces en el día sobre los techados, las cornisas de las casas, las ramas secas en lo alto de los árboles, etc. Su agitación, sus gritos y sus maniobras diarias, son un indicio seguro de su próxima desaparición; por fin, cuando llega el día de la partida, se juntan todas y se levantan lentamente en las altas regiones aéreas, gritando y dando vueltas. El viaje se inicia a cualquiera hora del día, si el tiempo es propicio. Sin embargo, las golondrinas tienen una preferencia señalada para las horas de la tarde y salen habitualmente cuando el sol cae en el horizonte".

El vuelo de los hirundínidos es muy vivo y ligero; a veces descansan en el suelo pero caminan con bastante dificultad.

Para descansar, se paran generalmente en la cima de los árboles, sobre ramas flexibles desprovistas de hojas o sobre hilos telegráficos.

Su vista tiene un alcance asombroso y puede ser igualada a la agudeza visual de las rapaces. En pleno vuelo, a distancias increíbles, distinguen los más pequeños insectos. Después del vuelo, la vista es la facultad que tienen más desarrollada.

Los hirundínidos tienen, además, un conjunto de cualidades verdaderamente notables: son alegres, sociables, pacíficos, prudentes, inteligentes y valientes.

Cuando se trata de ayudarse entre sí, la voz que pide auxilio siempre es atendida. M. Dupont, de Nemours, nos relata el siguiente hecho: "He visto, dice, una golondrina que se había enganchado la pata, no sé como, en el nudo corredizo de un hilo, cuyo extremo estaba sujeto a una canaleta del colegio de las Cuatro Naciones. Agotada su fuerza, quedaba colgada y gritaba en la punta del hilo, que a veces levantaba al querer volarse. Todas las golondrinas del vasto dique entre el puente de las Tuileries y el puente Nuevo, y quizás de más allá, se habían juntado en número de varios millares. Formaban una nube, lanzando todas el grito de alarma y de compasión. Después de una prolongada vacilación, y una deliberación tumultuosa, una de ellas descubrió un modo para liberrar a su compañera, lo hizo comprender a las demás, y empezó a ponerlo en práctica. Se despejó el lugar: todas las que estaban cerca vinieron una por una, como en una carrera de sortija, dando al pasar un picotazo al hilo. Estos golpes, aplicados en el mismo punto, se repetían cada segundo, y tal vez más ligero aún... Media hora de este trabajo bastó para cortar el hilo y dar libertad a la cautiva. Pero la bandada algo más rala, permaneció hasta la noche, hablando siempre, con una voz que ya no era de angustia, como contándose algo y felicitándose mutuamente.

Todos los hirundínidos son esencialmente insectívoros. Su alimento principal consiste en dípteros, neurópteros, hemípteros, moscas y mosquitos. Hacen también un abundante consumo de coleópteros. Nunca capturan insectos de aguijón. Naumann cuenta que dió una abeja a un quelidón hambriento, pero éste la devolvió en seguida; había sido picado en la garganta y murió de la picadura al cabo de dos minutos. Persiguen su presa volando; pero, en contra de la afirmación de algunos autores, pueden capturar insectos parados sobre objetos. La presa es engullida volando y sin dividirla. Es volando también cuando beben y se bañan; planean al rozar la superficie del agua, luego sumergen de golpe el pico o una parte del cuerpo.

Las varias especies de hirundínidos difieren por su modo de reproducción. No efectúan sino una sola unión para toda su existencia. Sus amores, nos dice Dupont de Nemours, son matrimonios que una ternura merecida vuelve indisolubles, y no fantasías del momento como los de algunos pájaros, ni tampoco relaciones de una primavera como son los de la mayoría. Cuando uno de la pareja muere, es raro que el otro no lo siga a los pocos días. Ha desaparecido la grata charla, lo mismo que la caza y el trabajo. Un reposo sombrío, un silencio pesado, son los signos del dolor al que sucumbe el sobreviviente.

El nido tiene generalmente una forma muy artística, hecho con fragmentos de tierra remojada. El de la golondrina rústica representa habitualmente la forma de un cuarto de esfera, teniendo el borde superior horizontal un poco más elevado que el punto de inserción. El nido de la golondrina de ventana tiene la forma de una media esfera con una pequeña apertura situada en la parte superior y un poco al costado.

Las golondrinas de playa en vez cavan agujeros a lo largo de las barrancas, ensanchan el fondo y lo cubren con briznas de pastos y de plumas.

Es notable el hecho de que, a pesar de los espacios inmensos que recorren durante la migración, los hirundínidos vuelven regularmente a los mismos lugares en donde han nidificado el año anterior. El apego a su nido es tal que aun cuando se les aleje, llevándolos a gran distancia, ellos vuelven siempre; hasta los jóvenes parecen dotados del mismo instinto y regresan al nido en donde han nacido.

Se cuenta al respecto un hecho en verdad maravilloso. Los Capuchinos de Vignolo tenían la costumbre de regalar cada año a un habitante de Módena algunas decenas de pichones de golondrinas sacadas de los nidos del convento; y para que no escapasen, las capturaban al caer de la noche. Una vez el hombre encargado de llevarlas a Módena, habiendo salido en seguida de cazarlas, cometió la torpeza

de dejarlas escapar al llegar cerca de esta ciudad. Lo primero que hicieron una vez en libertad, fué volver a Vignolo, en donde llegaron antes del amanecer y en el momento en que los Capuchinos estaban reunidos en el coro. Los gritos tumultuosos de las aves, en derredor del convento y a una hora en que no acostumbra cantar, llamaron la curiosidad de los religiosos, quienes, después del oficio fueron a visitar los nidos que habían devastado la víspera, y tuvieron la sorpresa de encontrarlos ocupados como antes.

Generalmente, en cuanto regresan del viaje las golondrinas inician la obra de reparar o de reconstruir su nido.

Muchas no hacen más que reparar los desperfectos que pueden haber sufrido los nidos durante la ausencia; otras vuelven a construir cada vez uno nuevo.

Con mucha frecuencia se manifiesta en las golondrinas un verdadero espíritu de fraternidad cuando se trata de defenderse contra sus enemigos, o de proteger su cría o su nido.

M. H. Berthoud refiere que una pareja de gorriones se había apoderado de un nido de golondrinas y lo defendía vigorosamente. Los antiguos propietarios, después de algunos picotazos, no consiguiendo recuperar su heredad solicitaron el auxilio de sus confederadas, cuyo número y amenazas no pudieron tampoco desalojar a los intrusos que permanecían en la fortaleza fuera del alcance de los picotazos. De repente cambia la maniobra, se suspende el asalto; el sitio se convierte en bloqueo; algunos valientes vigilan la entrada, cada golondrina volando con un pedazo de barro en el pico, lo dejaba caer de arriba sobre el nido, con una precisión y una puntería notable y lo amontonaba en pedazo. Después, usaba éste como un escudo que le permitía acercarse sin peligro y lo empujaba con las patas por encima de la apertura del nido, sobre la que el barro semi-líquido corría poco a poco, llegando a cerrarla completamente. En vano los gorriones trataban de rechazar esta avalancha de barro; aumentaba sin cesar y pronto se hizo imposible la evasión de los sitiados y hasta de cualquier recurso de defensa. Entonces, el barro llegó más que nunca, dobló las dimensiones del nido, obstruyó por completo la entrada y para mayor seguridad formó hacia adelante una tapia de unos cinco centímetros. Cumplida esta operación de Lynch, las golondrinas volvieron a sus ocupaciones, y un silencio profundo se hizo en derredor de la tumba emparedada que encerraba los Ugolinos.

El vizconde de Tarragón, Batgowski y Linneo confirmaron esta observación.

De Montbeillard hace notar también que estos hechos no se producen siempre, en lo que halla una prueba de que las golondrinas no obran debido a un instinto general, sino por el desarrollo de las ideas de algunas sociedades mejor unidas o más perfeccionadas por algunos individuos a quienes su espíritu ha dado más prestigio sobre sus compañeros.

Romanes, en un libro *L'Intelligence des animaux*, refiere que unas golondrinas, molestadas por gorriones que querían despojarlas de su morada, modificaron la entrada de ésta agregándole como un túnel.

No obstante la afirmación de varios otros autores, quienes refieren también hechos semejantes, Naumann sostiene que estos relatos son fábulas y que el único recurso de la golondrina es el de hacer la entrada del nido bastante angosta para que el gorrión no pueda penetrar en él.

M. L. De Pauw, conservador general de las colecciones de la Universidad de Bruselas, ha observado un hecho parecido cerca de Anthée (provincia de Namur). Una pareja de gorriones se había apoderado de un nido de golondrinas. Estas construyeron un segundo nido pegado al primero, de modo que la entrada fué clausurada y el usurpador encarcelado. En el otoño, M. De Pauw extrajo los dos nidos y encontró el cadáver del gorrión encima de cuatro huevos.

La mayoría de los hirundinidos construyen su nido cerca de las habitaciones. "Desde que la golondrina encontró en nuestras moradas tantas comodidades para establecer su nido, se ha visto que abandonó con una sagacidad notable sus antiguos refugios en los huecos de los árboles y tomó posesión de nuestras casas. No hace mucho tiempo, en el Kentucky, Indiana e Illinois, estas aves adoptaban aun con mucha frecuencia para anidar, las excavaciones de las ramas y troncos viejos; y

tal es la influencia de un hábito primitivo, que es siempre allí en donde vuelven de preferencia, no tan sólo para buscar un abrigo, sino también para criar sus pichones, especialmente en las regiones aisladas del país que son poco pobladas.”

El nido, aunque esté situado en un árbol o en una chimenea, está formado de ramitas secas, que el ave consigue de un modo singular. A veces, observando las golondrinas, se las ve girar por bandadas en derredor de la copa de algún árbol medio seco. Se creería que están dedicadas a cazar insectos. De repente se lanzan y pegan con el cuerpo una rama, la agarran con las patas y mediante una sacudida brusca la quiebran de golpe y la llevan a su nido.

Es por medio de la saliva que la golondrina fija estos primeros materiales sobre la madera, la roca o la pared de una chimenea. Redondea su obra, cruza y entrelaza sus materiales y envuelve el conjunto con su saliva que extiende por encima.

Es tal vez interesante referir aquí algunos casos en que las golondrinas han dado pruebas en la construcción de su nido de una verdadera inteligencia, o lo han colocado en un lugar muy especial.

M. Berthaud cuenta que una pareja de golondrinas había establecido su nido en un corredor del castillo de la baronesa de Chabard en el sitio preciso en donde pasaba el hilo de la campanilla nocturna. Un día alguien habiendo usado la campanilla, varios trozos se desprendieron del nido y cayeron al suelo. Las golondrinas sorprendidas repararon el daño, que se repitió, ¡ay! a los pocos días; y esta segunda vez también se pusieron a la obra. Desde entonces, por más que se tirara y sacudiera el alambre el nido ya no se movió. El propietario quiso tener la solución del problema que le preocupaba, y con una escalera fué a examinar el nido. Las golondrinas habían construído entre la pared y su cuna de tierra un conducto, verdadero tubo al través del que pasaba el hilo y maniobraba libremente, sin comprometer ya para nada la solidez de su construcción de barro.

En su obra *Le cerveau organe de la pensée chez l'homme et les animaux*, Charlot Bastion refiere que un nido de golondrinas habiéndose desprendido y caído al suelo una señora compasiva lo recogió y lo puso en una canasta, con los cinco pichones que contenía, sobre el marco de una ventana. Los padres criaron la nidada, pero uno de los pichones, más débil que los demás, fué incapaz de emprender el vuelo al mismo tiempo que los demás. Solo en el nido, padecía frío: el viento soplabá del nordeste y aumentaba el sufrimiento del pajarito. Los padres levantaron contra la canasta, con barro, una pared que atajaba el viento al pequeñuelo, y pronto pudo volarse.

El lugar adoptado por las golondrinas es a menudo muy singular y en cuanto se convencen por algunas pruebas de las buenas intenciones de los hombres, ellas entran hasta el interior de nuestras habitaciones para criar sus pichones.

Un naturalista inglés cuenta que en el Devonshire, en 1848, una pareja de golondrinas hizo su nido en la entrada del cajón entreabierto de una mesa de pino relegada al fondo de un desván desocupado. Romanes cita otro caso de una pareja que había anidado sobre las alas y el cuerpo de un lechuzón embalsamado que estaba colgado de un tirante en un galpón y oscilaba cuando había viento. En el lugar del lechuzón se colgó un caracol en el hueco del cual las golondrinas hicieron otro nido el año siguiente. Pennant, cita un hecho del mismo género y cuenta además que estas aves hicieron su nido debajo de los soportes de las ruedas de palas de un pequeño vapor llamado *Leblarence*. Este vapor servía para remolcar los buques y maniobraba diariamente. Aunque el nido estaba situado solo a unos cincuenta centímetros arriba del agua, no sólo criaron su nidada, sino que volvieron a poner allí durante varios años.

En nuestro país, todos los años parece que se encuentran en Soleilmont (Hainaut), nidos de golondrinas construídos sobre árboles; el Museo de Mons tiene uno construído sobre una rama de nogal. Tiene forma de copa y está hecho con barro mezclado con ramitas y briznas de gramíneas; el interior está cubierto de plumas. En Viena, unas golondrinas hicieron su nido en la boca del caballo de la estatua en bronce del archiduque Carlos, levantada en frente del palacio imperial.

La postura de los hirundínidos es de 4 a 6 huevos que la hembra empolla sola. La mayor parte de las especies crían probablemente más de una vez por año. La incubación es de 13 a 17 días.

Las golondrinas, sobre todo en los tiempos antiguos, han compartido con muchas otras especies el privilegio de ser objeto de un cúmulo de errores que fueron aceptados durante mucho tiempo como verdades, tan solo porque habían sido recogidas y reproducidas por espíritus eminentes. Siempre y en casi todos los países, las golondrinas fueron consideradas como amigas del hombre. Los antiguos las consideraban como mensajeros de los dioses para anunciar la buena estación y las colocaban bajo la protección de los dioses penates. ¡Cuidado con los que las maltrataban, pues en seguida ellas iban a picar las mamas de las vacas y les hacían perder la leche! Los Ostiacos, pueblos del norte, consideraban su matanza como un crimen. Los campesinos de una región de la Lorena se guardan mucho de molestarlas, pues las tienen como aves sagradas.

Todavía hoy, en nuestros países, el respeto por las golondrinas es casi universal y nuestros buenos campesinos creen firmemente en la protección misteriosa que ejercen las golondrinas en las moradas en donde construyen su nido. Se ha creído, por mucho tiempo, que el acoplamiento de los hirundínidos se efectuaba durante el vuelo; se ha sostenido que, cuando sus pichones tenían los ojos reventados, hasta arrancados, ellos los curaban y les devolvían la vista con una hierba llamada quelidonia, es decir hierba de las golondrinas. Redi y La Hire llegaron a afirmar que ni se precisaba para esto ninguna hierba, y que, cuando los ojos de un pichón no están arrancados, sino tan solo reventados o nublados, se componen muy pronto y sin remedios. Este error es ya muy antiguo, pues el viejo Aristóteles habla de él y Celx lo menciona también. El mismo Buffon lo compartía firmemente. Actualmente aun se presta fe a un error del mismo género y muchos campesinos conservan en su casa, muy cuidadosamente, un nido de golondrinas pulverizado y colocado en una botella llena de aceite, a fin de usarlo oportunamente para curar las enfermedades de los ojos. Se ha creído también que las piedritas que se encuentran a veces en el estómago de las golondrinas tenían la virtud de preservar de muchas enfermedades a las personas que las llevaban en una bolsita colgada al cuello. Se atribuyó a cada parte del cuerpo de estas aves y hasta a sus excrementos propiedades curativas específicas. Los músculos pisados eran un antídoto contra la mordedura de las víboras y los excrementos diluidos y tomados como bebida preservaban de la rabia. Todavía ahora en ciertas regiones se cree que las ramas y los árboles que las golondrinas adoptan para pasar la noche se secan y mueren.

El campesino, en general, protege las golondrinas, no sólo por causa de un sentimiento supersticioso, sino también porque conoce los inmensos servicios que prestan a la agricultura. La cantidad de insectos que una golondrina consume en un día es increíble. Se podrá tener una idea de esto observando los viajes de una golondrina cuando está criando los pichones.

Estos son grandes comilones y se puede observar con frecuencia que los padres traen hasta diez y ocho veces en un cuarto de hora insectos a esos hambrientos que apenas pueden satisfacer.

Parece que servicios tan notables debieran merecer una protección universal.

Pero ¡ay! no es el caso. No solamente disminuye su número, sea por los gatos, hurones, ratas y lauchas que destruyen sus huevos y sus crías, sea por la caza incessante que les hace el ave de rapiña y especialmente el pequeño haleón; sino que el hombre también se complace a menudo en matar estas avecillas que merecen su benevolencia, no sólo por los servicios que prestan, sino hasta por sus costumbres suaves e inofensivas. En el otoño, están perseguidas de un modo despiadado en Alsacia y Lorena y en Italia. Las golondrinas entonces están gordas y su carne ofrece el sabor y la delicadeza de la de los ortolanos. En esa época, pasan la noche sobre las espadañas y juncos de las lagunas y al anochecer basta dejar caer una red tendida sobre esas plantas acuáticas, para ahogar el día después todas las aves que están debajo.

Se cita el caso de tres cazadores de Monte Grado, en Lombardía, quienes, al fin del otoño, capturaron en un día solo 300 kilos de golondrinas. Para hacer aun más rápida la destrucción, se recurre a la electricidad.

Se sabe que las golondrinas se reúnen durante algunos días en la orilla antes de cruzar el Mediterráneo. Se colocan entonces postes, cerca de la costa, ligados entre sí por alambres y cuando las pobres llegan para descansar se hace pasar una fuerte corriente eléctrica, la que fulmina de un golpe varios centenares, los que no hay más que recoger. Los Sres. Vian y Petit refieren el caso de una matanza de este género. En un día, cerca de Marsella, por medio de una instalación de baterías eléctricas, se pudo fulminar 10.000 golondrinas, que fueron enviadas a París para adornar los sombreros de las damas; 2.600 pudieron ser cuereadas y las 7.400 sobrantes tuvieron que tirarse.

#### AVES PRODUCTORAS DEL GUANO



Una colonia de Cormoranes (Biguaes) *Phalacrocorax Bougainvillei* (Less.) en las islas Ballestas y Chincha (costa del Perú).

Entre los años 1850 y 1872 se han exportado de esas islas, casi once millones de toneladas de guano.

(De Robert T. Coker, en Proceedings U. S. Nat. Museum, vol. 56).

**Nueva reglamentación de la caza en la provincia de Buenos Aires.**—Nuestro consocio Dr. Carlos A. Marelli, director del Jardín Zoológico de La Plata, ha formulado, a solicitud del director de Ganadería y Agricultura, un proyecto de reglamentación de la caza, que fué aprobado recientemente por el gobierno de la provincia. Contiene, entre otras disposiciones, las siguientes, que tienden a evitar la extinción de algunas especies:

“La caza de la perdiz y la martineta queda absolutamente prohibida durante el año 1922 en las secciones 1.<sup>a</sup> y 2.<sup>a</sup>; en el año 1923, en las secciones 3.<sup>a</sup> y 4.<sup>a</sup>, y en el año 1924, en las secciones 5.<sup>a</sup> y 6.<sup>a</sup>, alternándolas en los años sucesivos en la misma forma.